

Dirección general: Marcela Citterio
Dirección editorial: Verónica Chamorro
Diseño de cubierta e interior: Valeria Miguel Villar
Ilustración de cubierta: Ana Monticelli
Fotografía de la autora: Luis Zabrana

©Chiara Francia Citterio, 2020
©The Orlando Books, 2022
www.theorlandobooks.com

Primera edición: junio de 2022
ISBN: 978-987-48545-0-6

Queda hecho el depósito que establece la ley 11.723.
Impreso en Argentina. *Printed in Argentina.*

Francia Citterio, Chiara
Casi amor / Chiara Francia Citterio. - 1a ed ampliada. - Ciudad Autónoma de Buenos Aires:
The Orlando Books, 2022.
256 p. ; 21 x 14 cm.
ISBN 978-987-48545-0-6
1. Narrativa Argentina. 2. Literatura Juvenil. 3. Embarazo Adolescente. I. Título.
CDD A863.9283

Todos los derechos reservados. Esta publicación no puede ser reproducida, ni en todo ni en parte, ni registrada en, o transmitida por, un sistema de recuperación de información, en ninguna forma ni por ningún medio, sea mecánico, fotoquímico, electrónico, magnético, electroóptico, por fotocopia, o cualquier otro, sin el permiso previo por escrito de la empresa.

Este libro ha sido impreso en papel amigable con el medio ambiente, fabricado 100% a partir de caña de azúcar, 0% fibra de árboles y 0% productos químicos para blanquear.

Este libro se terminó de imprimir en junio de 2022 en los talleres de Grupo Maori S.A., Av. Bartolomé Mitre 3027 (CP 1605), Munro, Provincia de Buenos Aires.

CHIARA F. CITTERIO

Casi amor

*Embarazada de uno,
enamorada de otro...*



THE ORLANDO BOOKS



CAPÍTULO 1

Madre joven

«**P**ositivo». Mierda. Una no puede cometer un error, que ya tiene un bebé. Eso de que por ser la primera vez no quedarás embarazada, es mentira.

Hace un mes, tuve mi primera vez y, aquí me tienen, con un embrión en la panza.

Aquel día, estaba con mis amigos. Tomábamos, nos divertíamos y ahí estaba él: mi mejor amigo, Nate. Ese del que estoy enamorada, pero nunca me he animado confesárselo.

Esa noche, los dos bebimos de más. Fue un instante. Nos miramos como nunca antes lo habíamos hecho, las caricias accidentales nos quemaban y sobraban las palabras. Cuando me estaba por ir, fui a su cuarto para recoger mis cosas. Apareció él, me tomó de la cintura y me dijo al oído: «quédate».

Me paralicé. Nate comenzó a darme besos en el cuello y yo giré: nuestras bocas quedaron juntas. Nos miramos y perdí la cordura, me dejé llevar. Nos tiramos en su cama, esa misma en donde tantas veces nos habíamos juntado a mirar *Friends*,

esa misma donde lo cuidé cuando tuvo sarampión, esa misma donde me quedé una noche entera sin dormir porque Nate deliraba por la fiebre. En esa misma cama, y sin pensarlo, nos sacamos los pantalones el uno al otro y con locura. No sé en qué momento nos dormimos.

Y así sucedió mi primera vez. Sin preservativo. Fue el mayor error de mi vida. No solo por el bebé, claro. Sino porque cuando abrí los ojos, él me estaba mirando. Esperé que me dijera «te quiero», pero él me dijo «perdón». Así, sin anestesia. Y agregó algo aún peor: «Si pudiera, volvería el tiempo atrás y anularía esta noche».

Muy romántico, ¿no? «¿Por qué no se lo dices al bebé que está creciendo ahora en mi panza?», pienso en este momento.

Por suerte, mañana me iré de Londres, mi ciudad natal. Viajaré a Los Ángeles a pasar todo el verano. Estaré alejada de Nate. No se lo diré hasta que esté a 8750 kilómetros de distancia.

Siento náuseas.

Otra vez no, por favor.

Pero sí: vuelvo a vomitar.

¡Qué hermoso día para morir!



Me limpio la cara e intento peinar mi pelo negro azabache. Yo creo que tiene vida propia, independiente de la mía. Un poco de humedad y ya soy un globo aerostático.

Bajo a devorar mi tarro de Nutella. Me duele mucho la cabeza. Por suerte, mi mamá no está en casa.

¡MI MAMÁ! ¿Cómo le voy a contar que estoy embarazada?

Decírselo ahora y arruinar su viaje sería como un suicidio. Tan solo esperaré hasta que no pueda ocultar la panza. Tengo tres, cuatro o hasta cinco meses, con suerte.

«Entonces... ¿decido seguir con el embarazo?», pienso. La otra opción sería abortar. Podría ir sola o decirle a mi amiga Bella que me acompañe, ¡mi mamá ni se enteraría! Pero esa idea no me gusta. No sé por qué. No me parece mal abortar. Es solo que no sé si yo quiero hacerlo.

Me digo que tengo tiempo para pensarlo. Al menos, unas diez semanas. Si me arrepiento, puedo abortar en Estados Unidos.

Nunca pensé que esto me estaría pasando. Siempre me creí una chica responsable. Buena manera de darme cuenta de que no lo soy, ¿cierto? Sé que podría haber tomado la pastilla del día después, pero no lo hice. Fui ingenua y pensé que no me pasaría a mí.

—Tonta, tonta, tonta, tonta —me digo frente al espejo.

No puedo tener un hijo. ¡Solo tengo diecisiete años! Quiero terminar la preparatoria y estudiar medicina. Pero, ¿quién dijo que no podré hacerlo con un bebé?

Creo que lo mejor será que me tome un buen *milkshake* de chocolate y haga una lista de pros y contras.

Pero, ¿en qué estoy pensando? ¡Hablo de un bebé! No puedo hacer una lista como si me refiriera a una carrera universitaria o a las compras.

¡Me siento muy inútil!

Mi madre podría ayudarme, pero se podría decir que no estamos en nuestro mejor momento. Pedirle un favor hace que se me retuerzan los órganos. ¿O son los vómitos matutinos los que me producen esto?

De pronto, siento la cara mojada. Estoy llorando. Mucho. No puedo parar. No son lágrimas de tristeza, son lágrimas de desesperación. Toda mi vida está cambiando después de lo que sucedió esa noche... La noche que los dos prometimos olvidar.

Será difícil con un niño o niña en el medio.

¿Debería decírselo a Nate? La respuesta es no. A él ni le importaría.

CAPÍTULO 2

Último día feliz

Ring, ring. El timbre. Un sonido que siempre me trajo libertad. Ahora, lo único que quiero hacer es pegarme la cabeza contra la pared y levantarme en otra dimensión.

Mi mejor amiga, Bella, viene y me abraza por detrás.

—Te voy a extrañar mucho, mucho, mucho estas vacaciones.

—Bella, por favor, no me dejas respirar.

Ella me suelta, su mirada es triste. Sus ojos verdes, que siempre están llenos de vida, hoy me miran con una melancolía enorme. Intento consolarla, pero como no tengo los mejores dones para la comunicación, hago las cosas peores. Mi amiga es de esas chicas que uno dice: «¿cómo puede ser tan linda?». Su cabello es rubio y le llega hasta la cintura. Y siempre sonrío. Bella es bella sin maquillaje, sin nada artificial. Parece de esas que tienen una *playlist* entera con *boybands*, pero no es su caso ya que es puro *rock* pesado lo que ella escucha.

—Vamos, Bella, no llores. —La abrazo—. Ni siquiera me fui y ya estás sensible. —Le doy unas palmadas en la espalda—.

Tienes que ser un poco más fuerte. Si no, serás una triste hormiga rubia todo el verano...

Se despega de mí.

—¿Triste hormiga rubia? ¿Qué significa eso?

Cuando estoy a punto de responderle, Nate se acerca y me levanta por el aire.

—¡Suéltame ya! —grito.

Si no me suelta, sin dudas voy a vomitar.

—Nop —dice él mientras me coloca en su hombro—. Vas a estar en California todo el verano así que lo mínimo que puedes hacer por mí es estar así un tiempo. Y sin patalear.

—Si me bajas, te traigo esos chocolates americanos que tanto te gustan.

Mi mejor amigo mide un metro con ochenta y cinco centímetros, es rubio y sus ojos son almendrados. La mandíbula es de esas que piensas que fue tallada a mano, definida, recta, musculosa. Además, tiene un *pack* de abdominales increíble que va a juego con su gran sentido de la moda. Completamente perfecto.

Juega al fútbol y tiene un grupo de chicas que lo acompaña a donde sea. Lo normal sería que, al ser tan buenos amigos, los dos nos hubiésemos enamorado de forma profunda y hubiéramos declarado nuestro amor de una manera cursi y romántica.

Pero no. Obvio que no.

Nate sale con chicas que parecen Barbies humanas; y yo, con mi metro sesenta y ocho, y mi cuerpo bonito pero estándar, no soy suficiente. Tampoco ayuda que siempre esté vestida de negro.

Nate me baja de forma automática y me abraza muy fuerte. No puedo odiarlo. No me sale. Ahora, con él abrazándome y diciéndome lo mucho que me va a extrañar, no puedo. Yo estoy enamorada de Nate desde que tengo uso de razón, pero él no de mí. Me lo dejó claro después de esa noche.

De repente, me llega un mensaje de mi mamá al celular.

Hija, te estoy esperando en la puerta. Sal pronto, por favor, si no, llegaremos tarde al avión.

—Amigos queridos, es la hora de mi partida. Deséenme suerte o morirán.

Los dos me abrazan y, en ese instante, siento que estoy a punto de llorar. Pero no lloro, soy un puto *iceberg*.

Camino hasta subirme al auto de mi mamá. Me cuesta mirarla. Estoy muy enojada con ella por lo que me está haciendo. Bajo la ventanilla y saludó a mis amigos. Nate está abrazando a Bella, que llora. Creo que él también tiene los ojos llorosos o quizá son ideas mías.

Suspiro.

¡Dios, cuánto voy a extrañar a estos dos!

Mientras observo por la ventana, pienso en mí. Ahora, tengo los ojos grises. Eso de que los ojos pueden cambiar de color con el tiempo, es cierto. Antes eran celestes como el mar y ahora son esto que me queda; es como si las lágrimas se hubiesen llevado todo el color.

Mi papá murió hace dos años y yo sigo sin superarlo. Nunca voy a poder hacerlo. Pero mi mamá sí, ya lo hizo. Ella es

abogada y viaja mucho por su trabajo. En su último congreso, conoció a un productor de Hollywood y se enamoró de él. Bastante rápido, diría yo. Por eso, pasaremos las vacaciones en Los Ángeles.

¡Yey!

Es sarcasmo.

Odio a los norteamericanos y, más aún, a sus estúpidas playas.

No solo voy a tener que pasar mi verano allí y conocer al novio de mi mamá, sino que también a su hijo.

Diversión... allá vamos.

CAPÍTULO 3

Bienvenida al infierno

Son las cinco de la mañana y con mi mamá estamos sentadas desde hace dos horas, esperando a que llegue Alexander, su novio. Lástima que él no responda a los mensajes ni a las llamadas ni a nada. Excelente manera de empezar mi relación con él.

Miro a mi madre y noto que no lo puede disimular: está nerviosa. Mi mamá es rubia, no natural, claro; ama utilizar ese dorado artificial. Puaj. Es todo lo contrario a mí, aunque ambas preferimos llevar el cabello corto, por la mandíbula. La diferencia es que mi madre va a la peluquería más cara que hay, y yo me lo corto sola en casa. Ella siempre está bien vestida. Nunca se la ve con el maquillaje corrido o mal arreglada. Es una obsesiva de todo, desde su casa hasta la de sus amigas. Siempre que está nerviosa, como ahora, se rasca las manos hasta el punto de que llega a lastimárselas. Cosa que, ejem, he heredado.

—Algo le debe de haber pasado. Él no es así. Estuvimos hablando días y días sobre este verano, sobre lo perfecto que queríamos que fuera todo...

—Mamá, ya es la cuarta vez que me lo cuentas. Tu supuesto perfecto novio se olvidó de que hoy veníamos y listo.

Mi mamá me fulmina con la mirada. Sin embargo, justo en ese momento, veo a un hombre que viene hacia nosotras y lo reconozco al instante. Nunca vi una foto suya. Pero sé que es él.

—Mil millones de disculpas por hacerlas esperar tanto. Me quedé sin batería en el celular. Y... tuve un pequeño problema con mi hijo, Félix.

—No hay problema, Alex, en serio.

«Ugh, asco». Mi mamá le da una de esas sonrisas que le solía hacer a mi padre. Me genera vergüenza y terror ver que se las dedica ahora a este hombre.

Alexander nos ayuda con las valijas y lo seguimos hasta su camioneta. Mi mamá se sienta en el asiento del copiloto y, cuando abro la puerta para ir atrás, me encuentro a dos chicos. El de pelo rojo me sonrío: es el hijo de Alexander, estoy segura, es igual a su padre. Alto, de ojos verdes y con pelo bien rojizo.

Me siento a su lado.

—Félix, Emma. Emma, Félix —nos presenta Alexander.

No me presenta al chico de pelo negro que mira por la ventanilla, sin girar para saludarme.

«Raro», pienso.

—Y él es mi amigo, Theo —dice, por fin, Félix.

Theo gira, pausado, como si no le quedase otra alternativa. Y yo me quedo, de pronto, sin aire. Le sonrío, aunque él no me devuelve la sonrisa.

«Idiota, pero qué lindo». Tiene el pelo más perfecto que vi;

despeinado, pero no tanto. Sus ojos celestes son del color del cielo uno de esos días de primavera en los que hace algo de calor pero que aun así se puede soportar.

«¡Ojalá no tenga hoyuelos, son mi fantasía de hombre perfecto!»

Intento desviar la mirada pero se me hace físicamente imposible. Es como un imán, no entiendo qué me pasa...

Alexander me hace unas preguntas tontas y redundantes a las que yo contesto de la forma más escueta posible. Cuando no me está haciendo preguntas absurdas, está mirando a su hijo por el retrovisor con una mirada desaprobadora.

Félix le susurra algo a Theo y este se ríe. Mierda. Dos hoyuelos. Nada bueno puede salir de esto.

Cuando llegamos a la casa, intento abrir la puerta del auto lo más rápido que puedo. Al mirar dónde viven, no lo puedo creer. ¡Es una mansión! Alexander me cuenta que estamos en el barrio de Santa Mónica. Exacto, como en las películas.

Ellos también se bajan. Theo pasa por delante de mí sin mirarme y entra directo. Félix, en cambio, me ayuda con las valijas.

Alexander y mi mamá se bajan del auto mientras comparten una mirada embelesada.

«Ridículos».

—Félix, muéstrale la habitación a Emma, por favor —pide su padre.

Félix asiente y entramos. La casa, por fuera, ya se ve muy bonita; pero por dentro, es espectacular.

—Perdón... pero ¿tendrías algo con chocolate? —pregunto. No me puedo contener más. Necesito comer algo dulce ya.

El pelirrojo me deja sola unos segundos y regresa con unas galletitas.

—Gracias —le digo.

Félix vuelve a caminar, yo lo sigo. Me muestra el baño y luego mi habitación. Le agradezco por su ayuda y él se va. Yo me quedo atónita mientras miro mi habitación de verano. Es inmensa. Los americanos y su ego de demostrar todo su dinero en metros cuadrados.

Abro mi valija para buscar mi pijama. Quiero darme una ducha, no dormí en el avión porque me quedé leyendo. Sabía las consecuencias, pero no me importaron.

Bostezo y salgo al pasillo. Entro al baño sin tocar y me arrepiento de inmediato. Theo está desnudo y, Dios, ¡qué hermoso es! Tiene músculos que ni siquiera sabía que se pudieran tener si no eres Zac Efron y, bueno, me quedo unos segundos de más hasta darme cuenta de mi error. Quiero balbucear algo que ni yo entiendo qué es.

Deseo desaparecer de la faz de la tierra. Estoy por retirarme, con la respiración agitada, cuando lo escucho:

—¿Apenas llegas y quieres meterte en la ducha con mi mejor amigo?

Al girar, me enfrento a Félix.

—Mal comienzo, hermanita.

«Ni me lo digas».

CAPÍTULO 10

Casa abandonada

THEO

Estoy de pésimo humor. El mar hoy no me calma, al contrario, me contagia su fuerza y sus ganas de arrasarlo todo. También me contagia su risa. Quiero decir... la risa de Emma es contagiosa.

Claro que sería mucho más divertido que se riera conmigo y no con ese «heladero» molesto que la mira embelesado. ¡Qué ridículo! Es evidente que él quiere llamar su atención. Y creo que lo consigue, porque una sola vez su mirada se cruzó con la mía, mas en ese momento fingí divertirme con Inés.

Es una vergüenza que él se dé cuenta de que pasé todo el día a la espera de que ella se fijara en mí. Por eso, ni siquiera me acerqué a saludarla. No quería tentarme de llevármela bien lejos.

No sé qué raro efecto produce esta chica en mí, pero hace que quiera saberlo todo de ella.

Supongo que debería decirle a Inés que es hora de irnos. Atardece con una leve brisa y... ¿Qué hace Emma? ¿Tiembla? ¿Es de deseo por ese infeliz o por el frío? Él la abraza y ella se deja.

OK. Entonces debo pensar en un plan B. Irme no es una opción.

EMMA

Está oscureciendo y tengo frío.

Y celos. De Inés.

Darme cuenta de eso me enoja. Tengo un problema demasiado grande que crece dentro de mí como para estar pendiente de Theo. Cierro los ojos. No quiero verlo.

—Emma...

Su voz está demasiado cerca. Abro los ojos y Theo está enfrente de Mark y de mí. ¿En qué momento...?

—Cerca de aquí hay una casa abandonada. ¿Qué les parece si vamos?

—Me parece una gran idea —grita Félix mientras se acerca hacia nosotros y se sienta al lado de Donna.

—Por mí, sí —responde Donna mientras me mira como si me pidiera, por favor, que vaya.

—Si Emma quiere... —dice Mark.

De pronto, la decisión está en mis manos:

—Perfecto, vamos —digo, y al levantarme, me quedo sin manta para abrigarme.

Miro a Theo y un frío me recorre el cuerpo. No sé si es por sus ojos celestes o porque la temperatura está bajando.

—Ey, si quieres te puedo prestar un buzo —me dice Theo.

—Por favor, sí —sonrío.

El pobre Mark se da cuenta de que él no tiene un abrigo para ofrecermelo. Theo me extiende la prenda y roza mi mano. ¿Me parece a mí o fue a propósito?

Me lo pongo y... ¡Ay, qué rico huele!

Comenzamos la caminata. Theo, de pronto, se encuentra a mi lado y yo siento hormigas en todo mi cuerpo.

—¡Qué suerte que no me preguntaron qué opinaba sobre esta idiotez! —se queja Inés, interponiéndose entre Theo y yo.

Mark está raro, alejado. Me pregunto si se habrá enojado conmigo. Aunque tampoco sé si me importa que suceda eso. Lo que sí me interesa es que Inés se cuelga, literalmente, del hombro de Theo. Sin embargo, él parece fastidiarse, o al menos eso tengo ganas de creer yo.

Luego de un rato, llegamos a la casa abandonada.

«Vaya que sí lo está», me digo. Es imponente, antigua y muy tenebrosa. Los postigos de las ventanas están abiertos, los vidrios se ven sucios y la pintura se encuentra en su peor estado. Imagino que en esta mansión han pasado muchísimas cosas en otros tiempos. Fiestas, reuniones, bodas. Tal vez, incluso, queden fantasmas de aquellos tiempos en donde todo lo que sucedía ahí era importante y glorioso.

Creo que estoy arrepentida de haber dicho que sí...

Se ve que no lo puedo disimular porque Theo me mira, con burla.

—Emma, no te pongas mal tan rápido. Ni siquiera entramos —dice mientras me empuja con suavidad.

Sus manos en mi espalda me producen una descarga eléctrica. No entiendo por qué él me hace sentir vulnerable, a flor de piel.

—No me pongo mal, es más, me entusiasma entrar.

Enseguida, me arrepiento de haber dicho esas palabras. Tendría que correr como la cobarde que soy y decirles «ni loca entro ahí»; pero no, finjo ser la chica «a mí nada me importa».

Toso y miro a Theo.

«Muy bien, Emma, allá vamos», me digo.

Nos acercamos a la mansión de estilo victoriano y buscamos una manera de entrar. Descubrimos que una de las ventanas está semiabierta y Theo sugiere que entremos por ahí. La verdad es que me parece una locura, pero este chico tiene algo que me hipnotiza y me hace decir y hacer tonterías.

¿Cómo no seguirlo?

THEO

Entro primero y luego ayudo a Emma a entrar por la ventana. Me encanta tomarla de la cintura y sentir su respiración cerca de mí. Solo se me ocurrió venir hasta este sitio en un intento desesperado por sacarla de los brazos de Mark.

Inés grita mi nombre justo en el preciso instante en que voy a seguir a Emma. Me veo obligado a ayudarla también.

Cuando termino, busco a Emma, pero ella ya no está. Donna y Félix entran a una de las habitaciones y Mark está, solo, en otra. A ella no la encuentro...

Primero, sonrío y pienso que se escondió a propósito. Después, me da miedo. ¿Y si algo le pasa?

No me lo podría perdonar.

En eso, siento un temor más grande. Algo no está bien, lo presiento. Soy el único que siente una alarma. Me dejo llevar y entro a un cuarto apenas iluminado. La veo. Ella está frente a un perro que parece estar a punto de atacarla. El perro da miedo: es de unos setenta kilos, de color negro. Es una mezcla de razas imponente y parece furioso. Sé que ella está asustada, pero lo maneja bien. Me acerco despacio, la quiero ayudar. Ella me observa y con la mirada me pide que me quede quieto. Maldigo el momento en que se me ocurrió entrar aquí. El perro se acerca a ella en cámara lenta. Aunque su respiración está agitada, Emma es valiente y lo enfrenta. Parece decirle: «ven si quieres, no te tengo miedo». En eso, el perro pasa de los gruñidos a los ladridos y comienza a mover la cola. Ella ganó.

Emma uno, el perro cero.

Emma lo llama y el animal corre a sus brazos. Ella me mira. Y me desarma.

Emma dos, Theo cero.

EMMA

Acaricio al perro que casi me hace desmayar del miedo y vuelvo a respirar. Pude manejarlo. Estoy aliviada y orgullosa de haber podido con la situación. Me fijo en Theo. Él me devuelve una mirada de esas que parecen lanzar rayos. Le echo un vistazo a su mandíbula, es demasiado masculina. Sus ojos son ahora celestes más oscuros, como si negros pensamientos se apoderaran de su alma.

«Quisiera despertar en esos brazos».

—Si me sigues mirando así, Emma, no me quedará otra que besarte.

Theo se acucilla a mi lado, los dos nos olvidamos del perro y del mundo.

—¿Qué? Yo... Mmm... Yo no estaba mirándote y no creo que tengas que besarme porque sí. —No puedo seguir hablando. Sus manos me acarician el pelo y yo no puedo coordinar una frase.

—No sería «porque sí».

—Ah, ¿no?

—Sería porque no puedo pensar en otra cosa desde que me sonreíste en el aeropuerto, cuando entraste al auto.

—Cuando no me dijiste ni «hola» —le recuerdo.

—¿Qué te podía decir si me dejaste sin palabras?

«¿Qué me está diciendo? ¿No se da cuenta lo que provocan sus palabras en mí? Se está burlando o...».

Su mano baja por mi espalda. Me aparto. Sé que esto solo me va a llevar por el mal camino.

Y, a pesar de todo, sé que es un camino inevitable. Sé que el destino me trajo a sus brazos este verano. Sé que estoy embarazada de mi mejor amigo y, aun así, me estoy enamorando de un chico al que acabo de conocer. Sé que no soy ejemplo de nada ni para nadie. Pero sé que quiero probar sus labios como si mi vida dependiera de eso.

Los demás llegan en ese instante. Me quedo paralizada mientras él sale de la situación con maestría. Es evidente que no está nervioso ni alterado, ni paranoico, ni perseguido, ni seducido, ni confundido, ni perdido... como yo.